

ABRE
LAS PUERTAS
DE LA FANTASÍA

Tierra de
Maravillas



ELI BROWN



Bienvenidos a un mundo en el que podéis encontrar un vaso de vino que nunca se vacía, un picahielo que congela lo que toca o una cerilla que nunca se apaga... Clover Elkin vive en ese mundo lleno de maravillas, objetos mágicos con propiedades increíbles, y sueña con una vida repleta de aventuras en la que busca esos objetos inauditos, tal como hacía su madre antes de morir. Pero su querido padre, un médico tan bondadoso como sensato, insiste en que debe mantenerse alejada de cualquier atisbo de magia y centrarse en el aprendizaje de la ciencia médica.

Clover habría seguido los deseos de su padre si él, justo antes de su muerte, no le hubiera encargado la más importante e inesperada misión: salvar la maravilla que contiene la esperanza. En su periplo, Clover encontrará personajes asombrosos destinados a guiarla en una aventura sin igual: un gallo parlanchín que es un gran general del ejército, una niña descarada que vende pócimas mágicas, una muñeca de trapo con un potente gancho de derecha, y muchos otros seres fantásticos que nunca son lo que a primera vista parecen.

Índice de contenido

PRIMERA PARTE

1. Los problemas engendran problemas
2. Tus propias batallas
3. Pudín de pan
4. Una medicina potente
5. Primero masticamos...
6. El destino que me ha tocado
7. Con Susanna no se juega
8. El objeto número W 17

SEGUNDA PARTE

9. Mentirosa
10. Siempre miran
11. Corre un poquito
12. Curar un calcetín
13. Pedazos y retales
14. Debajo de cada flor
15. Los riesgos que corrió
16. Nunca me gustaron los corsés

TERCERA PARTE

17. Instigador
18. No hay más árboles a los que trepar

19. Una obra maestra de crueldad
20. La bala o los colmillos
21. Un ejemplo de valentía
22. Intenciones más ambiciosas
23. Tanto un milagro como una maldición
24. La hija del problema

Epílogo

El diario de los objetos anómalos

Agradecimientos

Sobre el autor

*Para Ben, mi primera palabra.
Y Tony, que completó el conjunto*

*Mamá, mamá, mira;
una Maravilla, qué
extravagancia.*

*Sacude la alfombra, tiende la
colada,
la nariz del toro rojo estará
enseguida anillada.*

*Problemas, problemas, alejaos
de mí;
Maravilla, huye de mí.*

*El fuego está frío, el toro no
brama,
mamá descansa en la cama.*

*Canción de cuna
tradicional*

PRIMERA PARTE

1

Los problemas engendran problemas

—¿Otra vez escondiendo ratones en la mochila? —preguntó Constantine, volviéndose en la silla para mirar a su hija—. No podías haber elegido una mascota más asquerosa que esa.

—No tengo ratones desde que era pequeña —replicó Clover.

Cerró la mochila y se bajó el sombrero hasta los ojos. Si su padre supiera lo que llevaba en la bolsa, hubiera preferido mil veces que fuera una camada entera de ratones.

—Acabo de oírte por ahí atrás manipulando alguna cosa. Cuando cumplas los catorce, tengo intención de darte tu propio maletín médico, pero me lo pensaré dos veces si planeas utilizarlo para guardar en su interior pan con mantequilla y roedores.

Clover se mordió la lengua. Aparte de recordar las cantidades exactas para transformar el veneno en medicina, de no acobardarse nunca delante de una herida supurante de pus o de unos órganos desparramados, y de mantener sus instrumentos de trabajo siempre impolutos y ordenados, el padre de Clover quería también que su hija fuese aseada, útil y sin complicaciones, como una cucharilla de porcelana. Pero en aquel momento, Clover estaba demasiado agotada para ponerse a discutir con él. Habían pasado los últimos dos días ayudando a sacar adelante un parto de nalgas en la Pradera de los Dientes de Sierra y el cansancio parecía haberle reducido el cerebro al tamaño del de un ganso.

Sabía que por mucho que hubiera recogido sus rizos oscuros en un par de trenzas, debía de tener un aspecto desaliñado. Ser hija de un médico era un trabajo caótico y a Clover no le gustaba nada que los pacientes trastornados le tiraran del pelo. Llevaba toda la vida ayudando a su padre a atender a los enfermos de los poblados de los montes Centurión. Se encargaba de triturar productos hasta reducirlos a polvo y de sujetar a los pacientes durante las intervenciones quirúrgicas. Suturaba incluso las heridas sencillas, después de sumergir previamente en coñac el hilo de seda con el que hacía las limpias y tensas puntadas que mantenían el cuerpo unido.

Clover cambió de postura sobre su montura, sin saber muy bien si reír o soltar una palabrota. Observó a su padre, un modelo de corrección. Constantine Elkin tenía los pómulos marcados y una atractiva barba negra que se afilaba hasta quedar rematada por lo que parecía un fino pincel. En los últimos años, las canas habían empezado a apoderarse de sus sienes. Sus prendas estaban raídas, pero incluso en aquel momento, después de pasar veintiséis horas en una cabaña de tepe, peleando por mantener con vida a una madre y su bebé, seguía con el chaleco perfectamente abotonado. Era todo un caballero. Hasta tenía el detalle de masticar agujas de pino para que los pacientes no olieran en su aliento el hedor a la trucha ahumada con la que sobrevivía.

Empezaron a ascender las colinas de tierra rojiza en dirección a su casa. El bosque se volvía allí más tupido y una ardilla les gritó desde una rama. En opinión de Clover no había nada más tonto que una ardilla enfadada, le recordaba a un gobernador gordo instalado en lo alto de su árbol. Emitió una risilla, y lo único que consiguió fue que la ardilla gritara aún más fuerte y agitara la cola como un estandarte de combate. Clover meneó la nariz, le enseñó los dientes y le respondió con otro grito: «¡Chuff, chuff!».

Le rugía el estómago. Clover no había tenido tiempo para pararse a comer los bollos con pasas que la viuda Henshaw le había preparado y se habían quedado secos como agallas de roble. Pellizcó un poco de corteza y la lanzó contra la base del árbol, porque incluso las ardillas cascarrabias se merecían algo dulce de vez en cuando.

Su padre la miró de reojo. Sospechaba alguna cosa. ¿Qué haría si descubría el secreto que llevaba en la mochila? Nada le hacía enfadar más que una Maravilla.

Clover se fijó en el pelaje gris que se balanceaba al ritmo de la silla de su padre y de pronto, la sensación de hambre se equiparó con la de cansancio.

—¿Vas a decirme que después de dos días de asistir un parto y conseguir, contra todo pronóstico, que naciera un bebé sano, esos colonos nos han pagado con conejos de la pradera? —preguntó Clover.

—¿Habrías preferido que nos pagaran con caracoles? Son pobres, *kroshka* —respondió Constantine—. De los más pobres.

A Clover solía gustarle que su padre la llamase *kroshka* —que significaba «miguita de pan»—, pero aquellos conejos la estaban sacando de quicio.

—¿Y nosotros? ¿Acaso no somos pobres? Todo el mundo nos paga con nabos o con garrafas de sidra amarga. Esos conejos, por no tener, no tienen ni grasa. Mira tus pantalones. Los he remendado tantas veces que el trasero parece una colcha hecha con pedazos de tela.

Constantine suspiró y movió la cabeza en un gesto de preocupación.

—No sé si recuerdas lo deshilachadas que estaban las cintas de mi gorrita y que por eso tuve que pasarme a los sombreros de hombre —prosiguió Clover.

Constantine se quedó mirándola, levantando una ceja.

—Creía que habías cambiado porque preferías vestirme como un chico —dijo, y debajo de su bigote se vislumbró una sonrisa llena de ternura.

—Si llevo pantalones es para poder sentarme correctamente en la silla, ya que me paso la mitad de la vida a lomos de este caballo. Y si llevo guantes de hombre es porque están hechos para ensuciarse y además no dan de sí ni se desgastan. —Clover sabía que empezaba a parecer una ardilla enfadada, pero después de pasar interminables horas de guardia en aquella habitación húmeda y abarrotada de gente, sentaba bien poder gritar un poco—. ¡No pienso sentarme de lado en la silla y llenarme el culo de ampollas simplemente porque el mundo esté hecho para hombres!

—Como tú quieras —dijo Constantine.

Era típico de su padre hacerle sentirse como si fuera ella la que hubiese elegido aquel tipo de vida.

—Un cirujano formado en Praga podría tener clientes que le pagaran por su trabajo si viviéramos algo más cerca de Nueva Manchester —replicó Clover—. O de Brackenweed. O de cualquier ciudad. Podríamos tener leche fresca a diario y ropa nueva. En Nueva Manchester, podríamos comprar trementina en vez de tener que hervir nosotros mismos resina de pino. ¡Las manchas de esa cosa no se van nunca! Y luego me preguntas por qué nunca me pongo vestidos.

Su padre guardó silencio, permitiendo la explosión de ira pero negándose a participar en ella. Si Clover hubiese querido una respuesta, no debería haber mencionado Nueva Manchester. Nada cerraba más rápidamente la boca de su padre que hablar del pasado. Su padre había enterrado su historia como si fuese un cadáver.

Cuando se fueron de Nueva Manchester, Clover apenas caminaba y no recordaba nada de nada de aquel lugar. «Las ciudades están llenas a rebosar de congoja», solía decir Constantine. Y, debido a su acento ruso, la frase sonaba más bien como «rebozar de congoja». Y el nombre de su congoja era Miniver Elkin. Clover solo sabía tres cosas sobre su madre fallecida: que era coleccionista de

Maravillas, que estuvo relacionada con una sociedad de intelectuales que se dedicaban al estudio de los objetos singulares y que había fallecido en un trágico accidente que su padre no quería explicarle.

El corazón roto de Constantine era el motivo por el cual Clover jamás había paseado por las concurridas calles de Nueva Manchester ni había visitado nunca la tumba de su madre. Todo el mundo decía que Constantine Elkin era un médico generoso. Pero Clover sabía que guardaba en su interior muchas cosas, que su alta y culta frente era un armario que encerraba todos sus secretos.

Por su parte, Clover tenía también un secreto, y le resultaba emocionante. Sin dejar de controlar en ningún momento la nuca de su padre, abrió con cuidado la mochila y hurgó en el interior.

Contuvo un grito cuando se pinchó el dedo. Abrió un poco más la bolsa para dejar entrar la luz.

Podría haber sido un arpón de hielo normal y corriente: una pieza curva de hierro, con forma similar a la garra de un águila, con un sencillo mango de madera, gris y astillado. Clover lo veía precioso, con el lateral marcado por los golpes del martillo del herrero. De haber estado pulido, podría incluso encajar sin problemas entre los instrumentos quirúrgicos de su padre.

La semana anterior, cuando estaba buscando setas, Clover encontró el Arpón de Hielo oculto bajo el mantillo, en la vertiente oeste del lago. Era el tipo de herramienta que se utilizaba para transportar bloques de hielo en las ciudades elegantes, donde tenían las llamadas casas de hielo en las que podían conservar los alimentos en frío durante semanas. Sin embargo, en Lago Salamandra, donde vivía Clover, había ahumaderos, pero no casas de hielo. No conocía a nadie que pudiera utilizar una herramienta como aquella, aunque, claro está, tampoco es que fuese un arpón de hielo cualquiera.

En el instante en que lo había tocado, se había percatado de que era un objeto raro. El hierro estaba frío como el hielo, aun cuando las piedras de alrededor estaban calientes por el sol. Clover no había tenido tiempo para examinarlo bien ni para preguntarse por su buena suerte, puesto que justo en aquel momento había oído los gritos de su padre pidiéndole que ensillara el caballo para bajar a la pradera. Y en ese momento, tres días después, la herramienta seguía estando escalofriantemente gélida.

Era imposible negarlo: el Arpón de Hielo era una Maravilla, uno de esos objetos legendarios que su madre se dedicaba a coleccionar y sobre los que su padre se negaba a hablar.

Pero lo que no sabía su padre era que Clover había estudiado los números cuatro, siete y veintiuno de una publicación que llevaba por título *Diario de Objetos Anómalos* que su casera, la viuda Henshaw, guardaba escondidos en la despensa debajo de trapos y ramitos de lavanda. Y que mientras la anciana dormitaba junto a la estufa, Clover memorizaba aquellas frágiles páginas.

Había pasado muchas noches en vela embelesada con aquellos artículos. En España, había una Red de Pesca que sacaba las truchas del agua ya cocinadas, aderezadas con hierbas y mantequilla. En la ciudad costera de Junípero, al sur, existía un Botón que silbaba una alegre melodía cada vez que llovía. Clover se había aprendido de memoria el artículo:

Todos los alcaldes de la ciudad, desde el día de su fundación, han lucido con orgullo el Botón en la solapa de su chaqueta. Cada mes de marzo, Junípero celebra un festival de música en el que diversos compositores están invitados a interpretar su propia versión de la melodía del Botón. Los interesados en participar deben acudir al evento llevando

consigo un paraguas y dispuestos a saborear la deliciosa especialidad local: pastel de marisco con...

Pero por mucho que se esforzara en memorizar los textos, Clover estaba obsesionada por las partes que faltaban. Los diarios de la despensa estaban anticuados, las listas que aparecían en ellos estaban incompletas. Se moría de ganas de conocer qué otras Maravillas escondía el mundo. Pero tampoco le facilitaba el tema el extraño descargo de responsabilidad que aparecía en la primera página de cada número:

El presente descargo deja constancia de que partes de esta publicación contienen errores intencionados e invenciones indiscutidas. Por motivos de seguridad, se ha omitido la localización concreta de las distintas Maravillas. Debido a incidentes de caza furtiva, determinadas colecciones ya no pueden ser exhibidas públicamente. Se agradece al lector que proporcione a la policía Local cualquier información relevante relacionada con cazadores furtivos y traficantes criminales.

La intención era frustrar los intentos de los ladrones, pero Clover también se sentía frustrada, porque aquel texto proyectaba una incertidumbre fantasmagórica sobre todo el tema. Los artículos de aquellos diarios eran tan intrigantes como increíbles: un Espejo que conducía a otro mundo, un Gallo parlante que había alcanzado el rango de coronel del ejército, un Paraguas que atrapaba los rayos... Clover no sabía con seguridad cuáles de aquellas Maravillas eran reales y existían de verdad en el mundo y cuáles eran señuelos inventados por la Sociedad de Anomalogistas. Antes de descubrir el Arpón de Hielo, a Clover le preocupaba que las Maravillas no fueran más que otra de esas fantasías de los adultos, como los pozos de los deseos, las estrellas fugaces y Papá Noel.

Pero ahora sabía que no era así. Ahora había tocado la verdad.

Clover dejó que el caballo se rezagara un poco para disfrutar de cierta intimidad y poder sacar así el Arpón de Hielo de la mochila. Una vez fuera, lo inclinó hacia la luz del sol y observó la pelusilla blanca que se acumulaba en el acero, en la parte más próxima al mango, y que la humedad del ambiente estaba transformando en escarcha. Era como si el invierno estuviera forjado en aquella herramienta. Tocó ligeramente el Arpón con la punta de la lengua. Y se adhirió rápidamente, quedándose congelada en el metal. Consiguió despegarla, no sin antes emitir un gemido.

¡Una Maravilla, un prodigio! A pesar de que no tenía ni idea de qué hacer con aquello, solo tener el Arpón de Hielo en las manos le cortaba la respiración. Le temblaba el pulso, igual que la primera vez que utilizó el escalpelo de su padre para extirpar una verruga.

Un objeto tan obstinadamente extraño como el Arpón de Hielo no tenía nada que hacer escondido en un lugar tan soporífero como Lago Salamandra. Clover sabía que era la llave de acceso a un mundo mucho más extenso. ¿Por qué no hacerse coleccionista como su madre o quizá incluso aventurera, como el famoso Aaron Agate, y buscar en la naturaleza objetos de valor incalculable y escribir sobre ellos? Y siendo como era hija de su padre, podría descubrir usos médicos para las Maravillas. Ahora que sabía que las Maravillas eran tan reales como las botas que calzaba, tenía la sensación de que todo era posible: la cura para la varicela, para la escarlatina, para todas las plagas que corroían los huesos humanos. Su padre no tendría otro remedio que sonreír cuando se lo contara.

Pero sabiendo que su padre podía volverse en cualquier momento, escondió el Arpón de Hielo detrás de los bollos de pasas, cerró la mochila y se prometió no volver a mirarlo hasta que estuviera a solas.